

## Libreros legendarios

Jesús ARANA PALACIOS\*

A nadie que le guste mirar los escaparates y las mesas de novedades de las librerías le habrá pasado desapercibida la avalancha de novelas que tienen como protagonistas a las gentes relacionadas con los libros. No sabría decir si el fenómeno se debe a que el libro ha terminado por adquirir un valor casi totémico en una sociedad llena de *gadgets* y artilugios electrónicos o si se trata más bien de una nostalgia provocada por cambios que se intuyen profundos e irreversibles. No es solo que algunos de los mayores éxitos de ventas de las últimas décadas —desde *El nombre de la rosa* a *La sombra del viento*, o desde *El club Dumas* a *El ladrón de libros*— giren en torno a misterios relacionados con los libros y las bibliotecas. O que se sucedan cada temporada libros con títulos tan significativos como *Los guardianes del libro*, *La biblioteca de los sueños rotos*, *La biblioteca de los libros perdidos*, *La ciudad de los libros soñadores*, *La mujer de papel*, *Ex Libris*. O que autores como Emilio Calderón, José Luis Corral, Manuel Rivas o Nuria Amat, desde planteamientos y géneros bien distintos, escriban historias sobre libros y bibliotecas. O que ensayistas tan prestigiosos como Umberto Eco, Alberto Manguel, Roger Chartier, Enis Batur y muchos otros dediquen centenares de páginas a hablar de la importancia cultural de los libros. Siendo todo esto cierto, es difícil saber hasta qué punto obedece a una moda pasajera. Porque los libros como símbolos de peligro, pérdida y conocimiento están en el origen de algunas de las grandes novelas occidentales, desde *El Quijote* hasta *Madame Bovary*, y porque entre autores de culto —recordemos, sin ir más lejos, muchos de los relatos de Borges, el *Auto de fe* de Elias Canetti, *Una soledad demasiado ruidosa* de Bohumil Hrabal, *Fahrenheit 451* de Ray Bradbury— los libros y las bibliotecas se convierten en metáforas para explicar la complejidad de la vida y el mundo. Y sin embargo, no es a esto a lo que me refiero aquí, sino a algo más banal y más anecdótico, como es la proliferación de novelas que hablan de bibliotecarios —*Una biblioteca de verano*, de Mary Ann Clark Bremer, *Una lectora nada común*, de Alan Bennett, *Dewey lee más libros* de Vicki Myron, *Signatura 400* de Sophie Divry o *La bibliotecaria de Auschwitz* de Antonio G. Iturbe—, de archiveros —*El archivero* de Martha Cooley—, de impresores —*Imprenta Babel* de Andreu Carranza—, de lectores —*Leer Lolita en Teherán*, *El grupo de lectura*, *Cena con Anna Karenina*, *El club de lectura Jane Austen*, *El club de lectura de los oficiales novatos*, *La tormenta*, *La sociedad literaria y el pastel de piel de patata*—. Y podríamos seguir con los profesores de literatura convertidos en protagonistas de novelas, los escritores (que merecerían un capítulo aparte), los traductores, y así hasta llegar a los libreros, que son quienes se llevan la palma.

145

---

\* Biblioteca Pública de Barañáin

Recientemente se han publicado las memorias de la librera Adrienne Monier, *Rue de l'Odéon*<sup>1</sup>, las de Mijaíl Osorguín, *La librería de los escritores* o textos como *El amante de las librerías* de Claude Roy que dan idea de ese interés que venimos comentando. En otras obras, como *Los libros son tímidos*, de Giulia Alberico, se dedican páginas a glosar y homenajear a los libreros<sup>2</sup>.

Pero es de los libreros de ficción de quienes nos vamos a ocupar ahora.

En los últimos años, en diferentes novelas, hemos conocido a libreros exóticos y comprometidos, misteriosos, excéntricos, divertidos, irónicos, cultos, enamorados de su trabajo, conscientes de esa labor de mensajeros y mediadores, de ser quienes aconsejan y abren los ojos, quienes guían, quienes descubren. Sin ánimo de ser exhaustivo, después del éxito de aquel entrañable *84 Charing Cross Road*, hemos conocido a *El librero de Kabul*, a *El librero Vollard*, a *El librero de Selinunte*, a *Mendel el de los libros*, a las protagonistas de *La librería*, *La librería ambulante* y *La librería de las últimas oportunidades*. No todos estos libros tienen el mismo valor, obviamente. Algunas son recuperaciones de pequeñas joyas publicadas por primera vez hace casi un siglo, mientras que otras no dejan de ser obras más o menos oportunistas. Las librerías están muy presentes en relatos como *Severina*, de Rodrigo Rey Rosa, *Lo único que queda es el amor* de Agustín Fernández Paz, *Firmin* de Sam Savage.

146



La mayor parte de estas novelas están empapadas de amor a la literatura y, consecuentemente, están llenas de citas y referencias a escritores, y de reflexiones sobre la lectura. Empecemos por *El librero Vollard* de Pierre Péju. Es un libro hermoso y triste, un libro trágico. El incidente que desencadena toda la historia es un atropello. Situémonos: una tarde de lluvia en una ciudad de provincias en Francia, seguramente a finales del siglo pasado, del xx para entendernos. Eva, una niña de diez años, cansada de esperar a su madre a

1. De comentar las memorias de varios libreros me ocupé en el artículo *Libreros*, publicado en el número 15 de esta misma revista.

2. *Barbati* y *D'Ovidio*, gracias al cielo, forman parte de esa rara categoría de verdaderos libreros, que no quiere decir vendedores de libros, sino personas que, antes de venderlos, aman los libros, los leen, los piensan. Por suerte, más tarde seguí encontrándome con este tipo de libreros. Su historia debe ser reconstruida aquí, también por las relaciones de amistad que surgían: en primer lugar, y antes que ningún otro, en Roma, Giorgio y Luciana Rosetti, dos personas de encanto inigualable, hoy retirados en un pueblo lleno de rosas. Y luego en Mián, la generosa Antonella Viganò; en Varese, la sumamente sensible Giovanna. En Messina, ese volcán de energía que es Daniela Bonanzinga. De nuevo en Roma Luisa Spada, de la librería Traspontina, el gran Marcello, del grupo Arion, y Piera, de Pergamon –nacida en la región de los Abruzzo, tiene, por tanto, mis mismas raíces; cultísima, se apellida d'Annunzio porque es pariente del poeta de igual nombre, pero, por encima de todo, ¡es sobrina nieta de del escritor Ennio Flaiano!. Y Chieti Antonella, heredera generosa y culta de la histórica De Luca, y Vasto Germana, que me dio a conocer a dos autoras apasionantes: Alice Munro y Joyce Carol Oates...y quedan muchos más. Como todo círculo acaba cerrándose, hace algunos años, en Lanciano, floreció otro librero de los de verdad; ni siquiera sé cómo se llama él, sólo sé que es un hombre que ama los libros. Su librería se llama Gulliver. P. 73 *Los libros son tímidos* / Giulia Alberico.- Cáceces: Periférica, 2011.

la salida del colegio decide emprender el camino a casa a través de unas calles que no conoce bien. Corre, está asustada. Étienne Vollard por su parte va con su camioneta cargada de mercancía. A él no le gusta conducir, pero como a menudo tiene que ir a comprar y vender libros no le queda otro remedio. Desde el principio intuimos lo que va a ocurrir esa tarde de *calzada resbaladiza, chorros de agua, limpiaparabrisas acelerado*. Lo que no intuimos es el desenlace final y no tenemos ninguna intención de revelarlo aquí. Lo que nos importa es que Eva, la niña de diez años, queda en coma después del accidente, que su madre (madre soltera) una mujer joven, irresponsable, con problemas psiquiátricos, tentada siempre por la idea de abandonar a la pequeña, no sabe qué hacer ante esa situación y que será el gordo Vollard, un hombre de una memoria prodigiosa, con la cabeza rebosante de pasajes enteros de libros, quien asumirá la misión de traer a la pequeña Eva desde las sombras. Asediado por la culpa, durante semanas le recitará esas obras que bullen en su cabeza, hasta que efectivamente la niña recupere la conciencia, si bien le quedarán secuelas importantes relacionadas, precisamente, con el lenguaje. Esta es la trama principal de la novela y corresponde a la primera y la tercera parte escritas en un presente que angustia un poco al lector. Sin embargo hay un momento en la segunda parte en el que aparece un misterioso narrador (¿el propio Péju?) para hablarnos de quién es ese librero Vollard. El narrador, en cualquier caso, es alguien que lo conoció cuando eran niños e iban al mismo liceo. Vollard acababa de llegar entonces de una de esas colonias francesas que luchaban por la independencia y se rumoraba que escondía una historia terrible. Al parecer sus padres habían sido degollados. El pequeño Vollard ya entonces era un lector empedernido y el resto de niños no dejaban de acosarle y hacerle la vida imposible, porque sí, gratuitamente, porque era un recién llegado y tenía una memoria de elefante, hasta el día en que Vollard, el pacífico y solitario Vollard, harto de aguantar, les da una lección. Después, nos cuenta el narrador, lo perdió de vista, aunque de manera intermitente volvía a encontrarlo. Menciona en concreto algunos momentos durante los sucesos de mayo del 68 cuando, incluso viéndolo desde lejos, podía uno percatarse de que era alguien especial, con un criterio propio y un valor para enfrentarse a la policía que no dejaba de despertar su admiración. Y finalmente, treinta y siete años después, lo vuelve a encontrar en esta pequeña ciudad de provincias, regentando una librería *El Verbo Ser—Libros nuevos y libros de ocasión*. Es impagable la descripción que hace de la librería, con los retratos de algunos grandes escritores a la vista (Dostoyevsky, Malcolm Lowry, Céline, Henry Miller, Bataille, Max Frisch, Hemingway): *“El Verbo Ser era una vieja librería. Tienda oscura, no por falta de luz sino por los numerosos rincones y recovecos. Tienda profunda, suelos de madera oscura, usados, y algunos alvéolos más secretos. Por doquier, libros tumbados sobre las mesas, o bien de pie, miles de centinelas silenciosos en las estanterías de madera... Un lugar que algunos jóvenes del futuro no podrán siquiera imaginar porque ya no existirán otros parecidos, porque se habrá perdido esta mezcla de orden minucioso y de leonera, esta mezcla de afecto por los libros y de amontonamiento salvaje”*. El narrador confiesa en un momento que también a él le habría gustado ser librero, pasar su vida en compañía de los grandes escritores, descubrirlos, hacer que los leyesen, ayudarles a venderse, favorecer esa prostitución espléndida, terciar por esa mercancía. Traficante de droga literaria. Librero de fin de siglo, en resumen, dice antes de preguntarse, de preguntarnos a los lectores: ¿Quién sabrá, en un futuro no demasiado lejano, lo que representaban para gentes

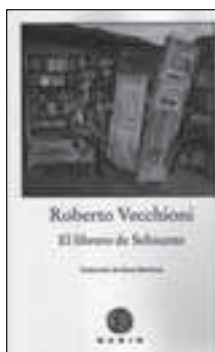
como yo, los libreros y las librerías? Lo que significaba en una ciudad, grande o pequeña, la presencia de estos lugares en los que se podía entrar con la esperanza de una revelación. ¿Quién recordará el modo apacible con el que se penetraba en estos antros con olor a papel y tinta? ¿Esta forma de bajar la cabeza para descifrar un nuevo título, y otro más, nombres de autores familiares o desconocidos, para rebuscar índices y signos vivos sobre cubiertas claras? “El único lector vivo es el lector pensativo”.

El libro de Péju nos habla de la forma como nos enfrentamos al acto de leer. Vollard, nos dice el narrador de esta historia, había reducido su vida a un vaivén entre una vieja librería y un hospital ultramoderno. Y no había una gran contradicción porque él nunca había pensado en la literatura como sosiego, ni en la lectura como consuelo. Al contrario: *“leer locamente, como había hecho siempre, consistía más bien en descubrir la herida de otro... ir de la librería al hospital era como deslizarse de una herida a otra”*. Aunque hay otras formas de leer, sospecho que muy habituales entre libreros y bibliotecarios, que es la practicada por su empleada, la señora Pélagie, que cada tarde, después de cerrar se llevaba en el bolso dos o tres libros protegidos con papel transparente. Lo leía todo muy rápido, nos dice, en diagonal. No leía por gusto, ni compartía sus gustos con nadie. *“Leía motivada por una especie de conciencia profesional, quería ser capaz de resumir a su manera, el contenido de cualquier libro: tesis sobre el lenguaje animal, ensayo filosófico o novela complicada. No había ninguna obra en las estanterías de la que no fuese capaz de decir algo, con riesgo de entregarse a improvisaciones pasmosas, a narraciones complicadas, simplificaciones acrobáticas que daban al cliente, a pesar de todo, una pequeña indicación”*.

## 148

El libro finalmente nos habla también de la memoria, que puede ser una liberación (a Vollard le gustaba contar historias de prisioneros que habían encontrado en libros memorizados la fuerza para resistir) y una condena, que es finalmente lo que le ocurre a él, incapaz de olvidar nada, tampoco el dolor que ha causado de manera involuntaria.

Las citas que salpican el relato y están insertas en él de manera un poco caótica e inconexa, como una especie de monólogo interior porque son los pasajes que poblaban la memoria de Vollard, pertenecen, como nos recuerda Péju en los agradecimientos, a André Breton, San Juan, Goethe, Nietzsche, Pasolini, Victor Hugo, Malcolm Lowry, George Bataille, Samuel Beckett, Henri Micheaux, Pessoa, Borges, Nabokov...



Las citas son igualmente abundantes en el segundo de los libros en el que nos vamos a detener: *El librero de Selinunte*. Aquí la figura del librero es arquetípica. Nos encontramos en una ciudad que pertenece al mundo de las fábulas y de la que sabemos que en algún momento de su pasado sus habitantes perdieron la capacidad de nombrar las cosas. Como si significado y significante (sospecho que la fábula habría hecho las delicias de Saussure) en algún momento se hubieran separado, de manera que para referirse a objetos cotidianos tienen que utilizar perífrasis abracadabrantes. Eso es lo que sabemos al principio. Es a partir de la página 23 cuando en un largo *flash back*, el autor, Roberto Vecchioni, un cantautor italiano de la edad de Joan Manuel Serrat (y con el que

tiene además un lejano parecido), nos cuenta cómo ocurrieron estos extraños acontecimientos. Se trata de una historia con tintes sombríos que en algunos momentos recuerda a *El informe de Brodeck* de Philippe Claudel. El librero de Selinunte es un hombre misterioso, un extranjero, que pasa los días en el café Garibaldi y del que se sabe que ha comprado el local del sastre para vender sus libros. Es su condición de extranjero la que termina por hacerle sospechoso de todos los males habidos y por haber. Sus métodos para atraer clientela a su local lo convierten en alguien más excéntrico a los ojos de los habitantes del pueblo, y aún lo marginan más. Unos métodos de lo más actuales, dicho sea de paso (*Todas las tardes, a las 21 horas, callejón Tremonti, Lecturas literarias, entrada gratis*). Estas lecturas en voz alta de pasajes de libros de Pessoa, de Sófocles, de Tolstoi, de Proust... al principio atraen a algunos curiosos, pero terminan abandonándolo y criticándolo por hacerlo *“Él estaba allí, feo que daba asco con aquella voz fantástica. ¿Pero qué voz era? Como de mujer. No, no, tampoco: más redonda, más áspera; era tranquilizadora, pero desesperaba, era límpida, casi neutra, y sin embargo opresiva, como un estribillo que no te lo quitas ya de la cabeza”*. Sólo un chico de trece años, el narrador de la historia, escapará cada noche de su casa con la complicidad de su tío, para asistir, escondido entre las estanterías, a estos relatos. Cuando la hostilidad de los habitantes del pueblo se hace insostenible, el librero, convertido en una especie de flautista de Hamelin, se dirige hacia el mar con una bandada de miles de libros volando tras él *“El espectáculo era maravilloso: un infinito cortejo de libros azules dispuestos de una formación de cuña con el vértice dirigido hacia el mar”*. Ese es el final de los libros y el principio de los problemas en el pueblo. Se trata de una preciosa fábula que nos hace detenernos a considerar la relación entre el lenguaje y la sociabilidad, entre conocimiento y comunicación. El librero es aquí el guardián de las palabras de la tribu y en la medida en que los miembros de la comunidad le dan la espalda, surgen las dificultades para nombrar la realidad. Hay dos momentos que me gustaría destacar. Uno es la descripción de la librería, tal y como la ve el niño la primera vez (pág. 46), una librería en la que todo es azul. El otro se refiere a la lectura en voz alta, a esa manera de restituírle la voz a un texto, un acto que tiene algo de mágico: *“El librero leía las palabras sin imponer su audición, porque las palabras no nacen, no nacían en aquel autor, para favorecer, atrapar, apoyar, maniobrar a su gusto las emociones del público, almacenándolas en la jaula de un único sentir. El librero restituía las palabras a sí mismas. La lectura que salía de su boca era una ofrenda de tonos para el alma: subir, bajar, detenerse. Subir, permanecer, volver a subir. No una concesión al sentimentalismo, no una lágrima, un grito de más, no una carcajada, un parpadeo; nada de efluvios de ira, fanfarronadas, ternura... leía el tiempo que dura la palabra en el corazón, sin picos o sobresaltos, porque el corazón tiene planos superpuestos y los expresaría subiendo y bajando con método, de uno a otro si pudiera hacerlo solo. Renunciando a gritos y quejidos, morralla emotiva”*.

La tercera parada de este itinerario proponemos hacerla en *La librería ambulante*, un libro tan vital y tan optimista que es imposible salir de sus páginas sin haber sonreído en muchos momentos. Lo más destacable de esta novela de Christopher Morley, publicada por primera vez en 1917 y recuperada ahora felizmente por Periférica, es la historia entrañable de Helen McGill, una soltera “gorda y tonta”, como ella misma se describe, que decide darle un escar-



miento a su hermano Andrew, con quien convive en una granja desde hace veinte años. Un feminismo sutil y al mismo tiempo ingenuo atraviesa estas páginas. Lo que hace reaccionar a Helen es el hecho de que Andrew, que ha tenido la estúpida idea de escribir un libro sobre las maravillas de vivir en el campo (libro que por cierto tiene un éxito inmediato), esté abandonando sus obligaciones en la granja. Pero al mismo tiempo está cansada de ser, para su ahora famoso hermano, solo una máquina de hacer pan y colar café. La ocasión para plantarse se le presenta cuando aparece en la puerta de su casa un hombrecillo con una barba rojiza y rala con la pretensión de venderle a Andrew su librería ambulante. Helen está convencida de que su hermano va a aceptar la oferta, así que aprovechando que (como siempre) él está ausente, decide adelantarse.

Será pues ella quien compre el *Parnaso sobre ruedas* y se lance a la aventura, después de dejarle una nota a Andrew diciéndole que regresará antes de un mes. A partir de ahí empiezan unas aventuras, compartidas al principio con Roger Mifflin, el hombrecillo que le ha vendido el carro cargado de libros, que recuerdan al mejor Mark Twain, con bandoleros incluidos. Por una parte Roger le está enseñando cómo funciona el negocio de la venta ambulante, pero además deben evitar que Andrew les dé alcance. Lo mejor de la novela es el tono irónico y sabio de la protagonista, que no se deja impresionar por casi nada. Como muestra,

150

éste es el primer párrafo (aunque lo cierto es que podríamos coger cualquier página al azar): *“Me pregunto si no hay un montón de creencias bobas alrededor de la educación superior. Nunca he conocido a nadie que por ser hábil con los logaritmos y otras formas de poesía fuera más ducho lavando platos o zurciendo calcetines. He leído todo lo que he podido y me niego a admitir impedimentos para amar los libros;*

*asimismo, he conocido a muchas personas buenas y razonables echadas a perder por un exceso de letra impresa. Por otro lado, leer sonetos siempre me ha provocado hipo”.* El libro nos proporciona un retrato de unos granjeros que viven en condiciones bastante miserables y a los que su vida apenas les da para ver más allá de un trabajo agotador, con noches sin nada que hacer. En ese contexto un libro es mucho más que un libro, y el pequeño Mufflin se lo dice una y otra vez a Helen mientras ruedan por los caminos: *“Cuando vendes un libro a alguien no solamente le estás vendiendo doce onzas de papel, tinta y pegamento. Les estás vendiendo una vida completamente nueva. Amor, amistad, humor y barcos que navegan en la noche. En un libro cabe todo, el cielo y la tierra, en un libro de verdad, quiero decir, ¡Repámpanos! Si en lugar de librero fuera panadero, carnicero, vendedor de escobas la gente correría a su puerta a recibirme, ansiosa por recibir mi mercancía. Y heme aquí, con mi cargamento de salvaciones eternas. Sí, señora, salvación para sus pequeñas y atribuladas almas. Y no vea cómo cuesta que lo entiendan. Solo por eso vale la pena... Eso es lo que este país necesita, ¡más libros!”.* Sin embargo cada cliente se lo tiene que ganar con esfuerzo, pero son tantas sus dotes de charlatán (unas dotes que Helen se empeña en aprender) que a veces le basta estar un rato en una granja no solo para vender unos cuantos ejemplares sino para conseguir unos clientes fieles para siempre. Es lo que le ocurre en casa de los Mason, donde la reticencia inicial se convierte en entusiasmo: *“El señor Mason me dio un billete nuevo de cinco dólares y no quiso recibir el cambio: “No, no por favor”, dijo, “no me lo habría pasado tan bien ni en una feria*



agrícola. Vuelva pronto señora McGill. ¡Le diré a Andrew lo bueno que es el espectáculo que dan ustedes con el teatro ambulante”. Lo dicho: una gozada.

*La librería* de Penelope Fitzgerald, publicada en 1977, quedó finalista del premio Booker y contó desde el principio con la crítica entusiasta de autores como A. S. Byatt o Julian Barnes, que compararon su estilo con el de Jane Austen o con el de Iris Murdoch. La novela, pulcramente editada en castellano por Impedimenta, cuenta la historia de Florence Green, desde que decide comprar Old House, una vieja casa con fantasma incluido, con intención de abrir la primera librería de Hardbourogh y el momento en que apenas un año más tarde, la cierra y abandona el pueblo, asediada por las deudas, la hostilidad de los tenderos, del banquero que le ha hecho el préstamo y de la ridícula aristocracia local. Esto ocurre entre 1959 y 1960. Lo más destacable de la novela es su ironía y su sutileza. Cuando Raven, que hacía las veces de veterinario supernumerario del pueblo, le pide ayuda para sujetarle la lengua a un caballo, le dice, “no se lo pediría a cualquiera, pero sé que usted no se asusta”. “¿Y cómo lo sabe?”, le pregunta sorprendida Florence. A lo que responde: “Dicen por ahí que está usted a punto de abrir una librería. Eso significa que no le importa enfrentarse a cosas inverosímiles”. La crítica a las convenciones y la rigidez de la vida rural inglesa, se puede apreciar en detalles que pueden parecer insignificantes. Por ejemplo su propia campaña a favor de *Lolita*, de Vladimir Nabokov. Florence confiesa que cuando oyó hablar de la novela estaba un poco desconcertada. Conocía las críticas feroces por inmoral, pero también sabía que Graham Green había dicho de ella que era una obra maestra, así que decide pedirle su opinión al señor Brundish, el excéntrico propietario de la vecina Holt House. Él acepta el encargo, lee *Lolita* y le dice que le ha parecido un buen libro. “Yo no le doy importancia a las nociones del bien y el mal, es un buen libro y debe usted vendérselo a los habitantes de Hardbourogh”. Y añade: “no lo entenderán, pero es mejor así. Entender las cosas hace que la mente se vuelva perezosa”. Florence encarga pues nada más y nada menos que doscientos cincuenta ejemplares que coloca en grandes pirámides en el escaparate. Para quienes quieran rastrear cómo funcionaba el negocio de la librería en aquella época el texto de Penelope Fitzgerald proporciona bastantes pistas sobre la distribución, las campañas de publicidad, la forma en que la propia Florence los tiene clasificados —los libros nuevos venían en paquetes de dieciocho, envueltos en un fino papel marrón. A medida que los fue sacando de las cajas, fueron formando su propia jerarquía social. Los más pesados y lujosos que hablaban sobre casas de campo...— Muy interesante es la forma en que organiza una biblioteca de préstamo, aneja a la librería, en lo que era una práctica habitual del momento. De hecho el final de la novela coincide con la apertura de la primera biblioteca pública en el pueblo. Hasta entonces quienes no podían permitirse comprar los libros podían acceder a esta biblioteca a través de una suscripción y un sofisticado sistema de préstamo con los libros clasificados en categorías —A, B y C— (lo explica en la página 70). Florence se toma su trabajo con entusiasmo, pero sin demasiada retórica (lo que es de agradecer), por más que en algún pasaje hable de la responsabilidad del librero. Solo hay un momento, y el lector comprende que quiere impre-



sionar a su interlocutor, en el que hace esta declaración grandilocuente: *“Un buen libro es la preciosa savia del alma de un maestro, embalsamada y atesorada intencionadamente para una vida más allá de la vida y, como tal, no hay duda de que debe ser un artículo de primera necesidad”*. Se lo escribe en una carta al abogado que representa a la señora Gamart, la más alta representante del *establishment* local y que le ha hecho la vida imposible a Florence desde el principio. El abogado le aconseja en otra carta que se disculpe formalmente ante la señora Gamart, quejosa por el trato que ha recibido en la librería por parte de una niña a la que Florence emplea algunos días. En la siguiente carta, Florence, ya no se anda por las ramas y en un estilo que es más propio de ella, le escribe una sola palabra: *“¡Cobarde!”*, dando por terminado el intercambio epistolar. Un libro divertido y melancólico que merece la pena leer.



152

*Mendel el de los libros* es un relato de Stefan Zweig escrito en 1929 que, a pesar de su brevedad, contiene algunas reflexiones sobre la injusticia, sobre la fugacidad de la vida o sobre el propio valor de los libros que se quedan clavadas en la memoria del lector. La historia comienza con un recurso habitual en otras obras de Zweig: el narrador, huyendo de una tormenta, entra en un café solo por guarecerse de la lluvia. Desde el principio el sitio le resulta familiar, pero no consigue recordar por qué y poco a poco, de la misma manera que se aclara un cristal al desempañarse, va recordando que muchos años atrás un amigo le había llevado a ese mismo café Gluck (ahora muy cambiado) para que conociera a un curioso personaje: Mendel

el de los libros. Solo él, le había dicho su amigo en aquella ocasión, podía ayudarle a encontrar la bibliografía que necesitaba. Lentamente va recordando todo: la manera que tenía aquel personaje de concentrarse de una manera que le hacía olvidarse por completo de cuanto le rodeaba (*“leía como otros rezan”*), sus movimientos oscilantes, adelante y atrás, como había aprendido a hacer en el *cheder*, el parvulario de los judíos del Este, su memoria casi sobrenatural que lo convertían en un catálogo universal con piernas (venían a consultarle coleccionistas, doctores, eruditos), la forma como se indignó aquella primera vez, cuando el narrador se ofreció a apuntarle en un papel los libros que necesitaba. Todos esos recuerdos le enternecen de algún modo y pregunta a los camareros qué fue de él, pero nadie lo recuerda. El café ha cambiado de dueños y los nuevos no saben de quién puede estar hablando. En ese momento es cuando Zweig hace algunas de sus afirmaciones más amargas (*“¡qué pronto somos olvidados!, ¿para qué vivimos, si el viento tras nuestros zapatos ya se está llevando nuestras últimas huellas?”*). Entonces a alguien se le ocurre que quizás la señora Sporschil, la vieja que desde hace treinta años se ocupa de limpiar los baños, pueda saber algo. Y efectivamente, será esa pobre mujer quien le cuente el desgraciado final de Mendel. Un incidente que podía haber sido cómico de no haber tenido consecuencias funestas, lo había precipitado todo. Mendel vivía en un mundo aparte, pero la Historia le arrolló, le pasó por encima como una apisonadora. En plena guerra (hablamos de la Primera Guerra Mundial) él había seguido enviando cartas a libreros de las potencias enemigas (Francia e Inglaterra), ajeno por completo a un conflicto del que nada sabía, ajeno a la práctica de los espías de reví-



sar toda la correspondencia, ajeno a la mentalidad paranoica que ve mensajes cifrados donde no hay más que pedidos de libros. El resto es desgraciadamente previsible: una larga temporada en un campo de concentración del que volvió siendo otro, la expulsión del café cuando el antiguo dueño que había cuidado de Mendel durante treinta años, se ve obligado a venderlo, la muerte prácticamente en la miseria. Y una lección: la vergüenza que aún siente la señora Sporschil (ella, que no es más que una vieja fregona) por haber permitido ese final. Lo más singular de Mendel era que, siendo capaz de dar razón de casi cualquier libro, era en el fondo un pobre ignorante. Lo que despertaba la admiración de cuantos lo conocían no era su cultura (que no la tenía, en absoluto) sino un don, logrado con su capacidad de concentración sobrehumana, y que era más parecido al de un verdadero artista. Merece la pena reproducir, para terminar, el último párrafo del relato. El narrador (ahora, escritor) se reprocha el haberse olvidado de Mendel durante años: *“precisamente yo, que debía saber que los libros sólo se escriben para, por encima del propio aliento, unir a los seres humanos, y así defendernos frente al inexorable reverso de toda existencia: la fugacidad y el olvido”*.

*La librería de las segundas oportunidades* de Anjali Banerjee, está protagonizada por una joven, Jasmine, una ejecutiva que se dedica a las inversiones en el mercado de valores y que por una serie de circunstancias (su marido la abandona, su tía emprende un viaje a la India en busca de sus raíces) se hace cargo durante una temporada de la vieja librería de su tía Ruma. El tono del libro es ligero y, a pesar de que está pensado como un libro de lectura fácil, resulta en ocasiones tedioso. El lector no termina de identificarse con los problemas de Jasmine, ni con esa voz supuestamente desenfadada. Tiene gracia, eso sí, la manera cómo resuelve algunos de sus problemas (porque la librería tiene vida propia y algunos libros se



recomiendan por sí solos, cayendo de repente al suelo, por ejemplo), o la descripción de cómo transcurre una de las sesiones del club de lectura (su tía Ruma mantiene uno en la librería). Otro pasaje divertido es el de la visita de una autora extravagante para firmar sus libros de literatura infantil y cómo se ve Jasmine obligada a contar cuentos a un grupo de niños. Quienes nos dedicamos a esto nos veremos identificados con algunos problemas, como esa persona que viene buscando un libro del que solo sabe que es *“grande, tirando a cuadrado. En la cubierta salía un plato. Puede que fuera verde intenso”*. Algunos consejos que le da Tony, el ayudante de su tía, también puede que nos venga bien recordarlos (*“A veces la gente no sabe exactamente qué está buscando. Tienes que leer entre líneas”*). O cuando en otro momento le dice: *“Te tiene que importar la gente. Los libros no son simplemente mercancías. Contienen nuestra cultura, nuestro pasado, otros mundos, el antídoto contra la tristeza”*. A lo que una escéptica Jasmine responde: *“Si eso fuera cierto, la gente acudiría en masa a la librería más cercana”*). Lo más destacable del libro quizá sea el aspecto mágico y las apariciones de escritores, algunas de forma bien curiosa, como esa imagen de Kipling, que parece hablarle desde la pantallita de su móvil.

Y llegamos así al final de este recorrido. Podríamos haberlo alargado más –*La librera y el hereje*, de Brenda Vantrease, *La buena novela*, de Laurence Cossé, *El librero de Kabul* de Asne

Seierstad- y habríamos descubierto probablemente dos cosas que ya anunciábamos al principio: que nunca como ahora había estado tan amenazada la figura del librero, y quizás por eso nunca como ahora había sido objeto de tanta atención por parte de novelistas y editores; y que estos libreros de ficción, estos libreros legendarios, son tan variopintos como los de verdad. Los hay para todos los gustos, cada uno con su estilo y su propia manera de entender un oficio con un halo romántico que cuantos amamos los libros hemos envidiado alguna vez.